

MEXICO: ECONOMIA ENSOMBRECIDA

David Ibarra
10 de mayo de 2007
El Universal

En México vivimos una onda de pesimismo económico que lo mismo obedece a percepciones subjetivas que a hechos estructurales influyentes en el comportamiento de los negocios del país. En cuanto a lo primero, el índice agregado de opinión del INEGI muestra contracciones casi sistemáticas en el período enero-abril de 2007 en cuatro de sus cinco componentes. En efecto, el empresariado espera disminución en la producción física, en la demanda nacional, en las exportaciones y estancamiento en la ocupación. La única excepción la constituye la utilización de la capacidad productiva que bien pudiera ser indicativa de menor esfuerzo inversor.

En el mismo sentido se observan tendencias del Indicador de Confianza del Productor (del propio INEGI), especialmente notorias a partir del mes de marzo. Las percepciones empresariales ven con preocupación el ambiente para invertir, el clima económico del país, el futuro inmediato, así como la situación y perspectivas de las empresas. En igual sentido corre la confianza de los consumidores.

Por supuesto los indicadores descritos no constituyen pronósticos precisos, sino perspectivas y respuestas probables de los productores y consumidores. Por su parte, los modelos pretendidamente rigurosos de la econometría cuantitativa apuntan en la misma dirección. En efecto, las proyecciones del Fondo Monetario Internacional, de Hacienda y del Banco de México concuerdan en anticipar una reducción entre 1% y 0.5% en la tasa de

expansión anticipada de la actividad económica. Alcanzar un ritmo medio de incremento del producto del 3% durante 2007, resultaría marcadamente insuficiente para aliviar la deteriorada situación del mercado interno y sobre todo del laboral, así como para legitimar socialmente los ofrecimientos de la nueva Administración.

Más aún, México continuaría rezagándose frente a otros países en desarrollo. Según cifras normalmente optimistas del Fondo Monetario Internacional, crecerá 2.5 veces menos que la media de los países asiáticos y 40% menos que el promedio latinoamericano durante 2007.

En todo ello incide la acusada dependencia nacional respecto a los fluctuaciones cíclicas de la economía norteamericana y de las importaciones de otros países. Los enormes desequilibrios de pagos de ese país (6.4% del producto) al ser insostenibles a la larga, crean riesgos depresivos que podrían extenderse a la economía mundial. Aún si Europa y Asia logran una expansión compensatoria --que facilitase el ajuste norteamericano de pagos--, México resultaría poco beneficiado.

En efecto, visto el fenómeno estructuralmente, en 2006 se tuvo un superávit comercial con los Estados Unidos de 79 mil millones de dólares que se dilapida en déficits con el resto del mundo: 20.6 billones anglosajones con Europa, 62.5 con Asia (sólo con China 23) y 4.4 con América del Sur. Si no fuese por las remesas de emigrados, las cuentas externas quedarían seriamente desequilibradas. Por supuesto, las cifras deficitarias anuales del intercambio exceden con mucho los flujos de inversión extranjera recibidos de los países beneficiarios de nuestro comercio importador, hecho que tampoco se utiliza como palanca de negociación de la política comercial externa. Con todo y los

tratados de libre comercio con la Unión Europea y Japón, los déficit acumulados entre 2000 y 2006, suman 45 y 54 miles de millones de dólares, mientras los flujos de inversión extranjera de ese origen que habrían de financiarlos apenas ascienden al 46% y al 3% de aquellos desequilibrios.

Ya es hora de no sólo fomentar mayores valores agregados de las ventas al exterior, sino también de emprender políticas eficientes de sustitución de importaciones. En 2004, el mejor de los años recientes, las importaciones manufactureras excedieron en 29% el monto del producto nacional del mismo sector. Mucho se importa, mientras cada vez menos se produce. Aún más, se alcanzó un déficit comercial manufacturero de 25 mil millones de dólares o de 44 mil millones sin maquilas, apenas cubierto por las alzas en los precios del petróleo y las citadas remesas, pero insostenible, aún en términos cortos, si esos renglones de ingreso comienzan a flaquear.

En los hechos, la pasividad de las políticas públicas nacionales que todo lo relegan a la mano invisible, ha llevado al desperdicio del potencial de progreso del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, del bono demográfico, del alza de los precios del petróleo, de las significativas remesas de los trabajadores en el exterior y de la apertura favorable de los mercados internacionales de capitales.

El agravamiento de la desaceleración en el ritmo de crecimiento de los Estados Unidos podría acentuar nuestros problemas, incluso los asociados a una posible depreciación intensa del dólar y a la contracción consecuente de la economía global. En ese país, la tasa de desempleo abierto alcanza ya el 4.5%, se deprime la inversión, el consumo y el gasto público de compararse el último trimestre del año anterior con el primero de 2007, la inflación sube del 3% al 4%,

la política monetaria acota su permisibilidad anterior, la burbuja inmobiliaria parece llegar a su fin y pierden fuerza las alzas en las bolsas accionarias.

México necesita blindar la economía frente a crisis y contagios recurrentes. Pero ha de hacerlo sin consagrar el estancamiento como solución, esto es, sin sacrificar más de la cuenta, como hoy se hace, crecimiento y empleo. Al efecto, es imprescindible una política enderezada a cancelar la dilapidación de los excedentes comerciales con América del Norte, a formar "clusters" exportadores integrados, a promover centros manufactureros y turísticos de envergadura, a emprender la sustitución eficaz de importaciones, a fomentar empleos de calidad. Todo ello apoyado en políticas industriales y comerciales activas, en la regeneración de la banca de desarrollo, en esquemas financieros y hacendarios renovadores. De otra suerte, el sexenio, apenas iniciado, lejos de ser el del empleo, será otra vez el de una informalidad que todo lo degrada.